

La fotografía como fuente antropológica: una aproximación al análisis de la producción visual de las campañas etnográficas y arqueológicas al Noroeste Argentino (1880-1930).

Julia Costilla, Ana Laura Drigo, Dolores Estruch, Verónica Hopp y Sebastián Matera.

Cita:

Julia Costilla, Ana Laura Drigo, Dolores Estruch, Verónica Hopp y Sebastián Matera (2008). *La fotografía como fuente antropológica: una aproximación al análisis de la producción visual de las campañas etnográficas y arqueológicas al Noroeste Argentino (1880-1930)*. IX Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Misiones, Posadas.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-080/475>

La fotografía como fuente antropológica: una aproximación al análisis de la producción visual de las campañas etnográficas y arqueológicas al Noroeste Argentino (1880-1930)

Julia Costilla
Ana Laura Drigo
Dolores Estruch, Verónica Hopp
Sebastián Matera
juliacostilla@hotmail.com
drigo_ana@hotmail.com
doloestruch@yahoo.com.ar
veronica_hopp@yahoo.com.ar
sebamatera@yahoo.com.ar
(UBA-Fondo Nacional de las Artes)

Palabras clave: fotografía - campañas arqueológicas y etnográficas – Noroeste Argentino

Introducción y consideraciones preliminares

Las fotografías producidas en el marco de las expediciones científicas de fines del siglo XIX y principios del XX nos invitan a preguntarnos acerca de las distintas formas en que disciplinas nacientes como la antropología y la arqueología “miraron” *lo otro*, al tiempo que se construían un lugar en el campo científico y nacional. Asimismo, pueden “hablarnos” sobre el momento histórico y el contexto en que fueron tomadas y sobre los distintos usos que le dieron los sujetos involucrados.

El objetivo general del proyecto de investigación que estamos presentando con esta ponencia es conformar y analizar un corpus de fotografías de campañas etnográficas y arqueológicas al noroeste argentino entre 1880 y 1930, para realizar un análisis comparativo entre las actitudes, prácticas y significados que subyacen -y constituyeron- a las imágenes fotográficas producidas en el marco de estas dos nacientes disciplinas. En esta oportunidad, nos proponemos desarrollar una aproximación teórica y bibliográfica a la temática señalada e ilustrar con algunos ejemplos la descripción y el análisis de las fotografías que nos interesa realizar.

Los principales objetivos que orientan nuestro proyecto de investigación pueden definirse en dos puntos: por un lado, describir, analizar y comparar el corpus de imágenes fotográficas de las campañas etnográficas y arqueológicas, relacionándolo con el contexto sociopolítico y científico de la época; por el otro, indagar y reflexionar acerca de la vinculación entre la imagen fotográfica y la construcción de miradas sobre el otro.

Contexto histórico-científico 1880-1930: Constitución del Estado nacional y de la antropología y arqueología

En líneas generales, se puede señalar que el marco político y científico de Europa a principios del siglo XX estuvo signado por importantes cambios sociales como ser: el desarrollo del capitalismo industrial, el imperialismo y la expansión colonial. En este período la nobleza y la burguesía en ascenso se apropiaron de extensos territorios, tanto material como simbólicamente (Arenas y Giraudo 2003).

A fines del siglo XIX, en la Argentina, la “nacionalidad”, como idea aglutinante de una sociedad que se sometía a un proyecto de corte liberal, estaba aún en proceso de construcción. Políticamente el país estaba dominado por una élite que desarrollaba e implementaba la identidad nacional según las necesidades de un proyecto liberal de país agro-exportador. La oligarquía, como parte de este proyecto, comprometió sus esfuerzos en la generación de una ideología legitimante, la que tuvo su fuerte soporte en la homogenización cultural producida a través de la escolarización primaria (Haber 1994).

En 1880, tras culminar la “Campaña al Desierto”, el territorio ganado por las armas fue repartido entre los militares participantes en la contienda, quienes luego lo ofrecieron parcelado a grandes terratenientes y a colonos europeos. Así, se pretendía extender los dominios del estado y ampliar las áreas destinadas a la actividad agrícola-ganadera.

Es a partir de 1860 que varios elementos confluyeron para la formación del Estado nacional. La experiencia traumática de las guerras civiles, la aplicación efectiva de diversos mecanismos que garantizaron el control del gobierno nacional sobre las provincias, la conformación de un mercado interno, el creciente aumento de la demanda de los productos agropecuarios desde el exterior, el desarrollo de adelantos tecnológicos aplicados a los transportes y las comunicaciones y la capacidad de creación y difusión de valores y símbolos que reforzaran los sentimientos de nacionalidad. Todos ellos constituyeron la base material, política e ideológica a partir de la cual se cimentó el Estado nacional argentino (Corigliano 1997).

En este contexto, en el que intelectuales y dirigentes buscaban delinear un perfil cultural para la identidad nacional, anticuarios y arqueólogos iniciaron sus investigaciones de campo. La tarea de estos “pioneros” de lo que hoy denominaríamos la antropología, la arqueología y el folklore consistía en “rescatar” el patrimonio cultural y las tradiciones de aquellos grupos –rurales, principalmente- “amenazados” por el “avance de la modernidad” (Blache 1991). La realidad social y política de la Argentina hacia 1880 y hasta entrado el siglo XX era la fragmentación social y territorial: el país estaba conformado por una variedad de poblaciones que no se concebían a sí mismas como partes de una comunidad mayor y por territorios donde el orden de dominación tenía desiguales grados de acatamiento o contestación. En este contexto, tanto las misiones de exploración oficiales como las de investigadores de países extranjeros constituyeron asuntos de estado. Es de destacar que los objetivos políticos y estatales no se contradecían con los objetivos científicos y académicos, sino que por el contrario ambos se encontraban convenientemente articulados.

Para ahondar en el contexto científico, podemos señalar que, durante las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX, se afianzó la importancia otorgada a la ciencia natural, el positivismo y el cientificismo. Esta corriente intentaba aplicar en América los principios enunciados por intelectuales europeos de la talla de Augusto Comte y Herbert Spencer. En la metodología positivista, basada en la observación y la objetividad, los “otros” resultaban transformados en expresiones numéricas cuantificables y se pretendía excluir la especulación. La ciencia de la época *deshistorizó* al otro, negándole identidad y cultura y convirtiéndolo en un objeto de estudio del reino de la naturaleza. Es así que la cultura era naturalizada y la antropología se planteaba como biológica, siendo su objetivo la observación, clasificación y medición de las cuestiones culturales (Arenas y Giraudo 2003).

Adriana Stagnaro (1993) señala que la primera etapa del pensamiento antropológico puede encuadrarse en el período 1870-1910. Los temas de interés abarcaban la paleontología, la geología, la zoología, la arqueología, la etnografía, el folklore y la lingüística. El perfil de científico de esa época era el del erudito autodidacta que estudiaba varias ramas del conocimiento: la falta de especialización y profesionalización eran características del quehacer científico.

En su expresión arqueológica, la producción científica de la época estuvo marcada por el afán descriptivo, clasificatorio y enumerativo, más que explicativo. La práctica arqueológica se centraba en el rescate de “piezas” descontextualizadas. En su expresión etnográfica, se caracterizó por la ausencia de un marco teórico-metodológico propio para abordar la diversidad cultural y la problemática del otro, tomando de los marcos políticos-ideológicos su aparato conceptual (“civilización-barbarie”, “salvajismo-progreso”). En dichas producciones podemos encontrar estereotipos, preconceitos y prejuicios. El propósito era, tal como en la arqueología, descriptivo, lo que redundó en la recolección de datos de forma asistemática: costumbres, lenguas, mitos, leyendas, etc.

Para Stagnaro (1993) la relación con los pueblos indígenas era diferencial según implicara problemáticas del presente o del pasado. Mientras que la eliminación de los pueblos indígenas del presente y la ocupación de sus territorios (a partir de la “Campaña del Desierto”) eran asumidas como inevitables y necesarias para la modernización y la construcción de la nacionalidad, el interés por estudiar pueblos del pasado resultaba menos comprometido y surgen intentos de sistematización más tempranos.

Siguiendo a Fernández (en Stagnaro 1993), se pueden establecer tres etapas en los inicios de la arqueología en Argentina. La primera (“formativa, arcaica o documentativa”) se dio en el período 1860-1870 y se caracterizó por la constitución de dos líneas de acción divergentes: en primer lugar, la de los papelistas, eruditos y bibliófilos, es decir, estudiosos de gabinete; y, en segundo lugar, la naturalista, caracterizada por la gran importancia concedida al trabajo de campo. La segunda etapa (“heroica”) transcurrió en los años 1872-1900 y estuvo signada por el coleccionismo y el anticuarismo en cuanto al método. La tercera etapa (“la arqueología en la universidad”) se produjo en el período 1901-1925 y se caracterizó por la sistematización de las excavaciones, la institucionalización de la práctica arqueológica y la organización del ámbito académico.

Ya en la segunda década del siglo pasado la arqueología se institucionaliza, se publican revistas y se estructura la carrera en las universidades. En este período comienzan a realizarse grandes expediciones al Noroeste argentino para tratar de establecer una secuencia de historia cultural y natural de la región.

En el período 1920-1948 se puede hablar de una etapa Histórico-Clasificatoria, con nombres destacados como Juan B. Ambrosetti, quien estableció cronologías relativas, realizó excavaciones sistemáticas, con gran interés por el contexto y asociaciones de cada sitio arqueológico, en especial las tumbas. En esta última etapa llegaron personalidades del extranjero de la mano de las campañas de Erland Nordenskiöld, Eric Von Rosen y Eric Boman. El interés en esta etapa estuvo puesto principalmente en el NOA, nuestro marco geográfico de estudio.

Expediciones en el NOA

La mayoría de las expediciones cuyas producciones textuales y fotográficas analizaremos son valoradas como hitos fundantes en la historia de la antropología y la arqueología de la región del NOA, en tanto abordaron nuevas zonas de estudio y desarrollaron nuevas metodologías de trabajo (Arenas y Giraudo 2003).

Tanto investigadores argentinos como extranjeros realizaron investigaciones en la región, y a través de variadas formaciones académicas, ya que, por ejemplo, en el caso de los argentinos, su formación se efectuó antes de que naciera en nuestro país la Licenciatura en Antropología (1958 en la Universidad Nacional de La Plata y de Buenos Aires). En este sentido, debemos destacar en primer término los trabajos de Samuel L. Quevedo (1835-1920) y Adán Quiroga (1863-1904), que despertaron el interés por la historia, folklore, fundaciones hispánicas y arqueología de la zona de Catamarca y en general del Noroeste. Sus obras permitieron documentar y valorar parte del pasado prehispánico de la región en el contexto socio-histórico liberal de fines del siglo XIX que, en busca del progreso, a veces negaba su propio pasado (Ramundo 2007).

Cuando Juan B. Ambrosetti (1865-1917) asumió la dirección del Museo Etnográfico en 1904, elaboró un plan de expediciones sistemáticas dentro del territorio argentino “bajo el punto de vista arqueológico y etnográfico, que no solo tuvieran por objeto reunir colecciones para el nuevo museo, sino datos exactos de los yacimientos de las piezas y todos los materiales posibles destinados a publicarse...” (Ambrosetti 1908: 983). Estas se realizarían en especial en la región calchaquí, zona que había empezado a ser estudiada a fines del siglo XIX por Lafone Quevedo y Quiroga. En 1909 organizó por primera vez una expedición etnográfica al Chaco y Jujuy, enviando a su ayudante Salvador Debenedetti, quien debía recorrer los ingenios azucareros para reunir objetos etnográficos. En las “instrucciones” para la recolección de objetos elaboradas por Ambrosetti, se refleja que la validez científica que se daba a los objetos estaba en la información que los acompañaba. Estos criterios respetaban las discusiones de la etnología internacional, que desde fines del siglo XIX y principios del XX remarcaba que el valor y calidad de los objetos se alejaba de los parámetros estéticos para afirmar la importancia de la información que el colector debía adjuntar sobre su origen y función en la cultura que lo había creado (Pegoraro 2005). Ambrosetti emprendió expediciones a Pampa Grande (donde por primera vez se aplicó la estratigrafía para lograr una cronología relativa de tumbas) y La Paya en Salta; y la riqueza del material que obtuvo en este último lugar fue y es objeto de análisis y estudio para pasadas y presentes generaciones. En Jujuy, realizó tres expediciones para trabajos en el Pucará de Tilcara, dando variadas explicaciones sobre el mismo. Estos trabajos serían continuados tras su muerte por Debenedetti, quien luchó para lograr el apoyo del gobierno en la primera restauración de una ruina en el país. Ambrosetti fue reconocido como el arqueólogo que encauzó a la arqueología dentro de los parámetros de la vida universitaria (Ramundo 2007).

Entre los investigadores extranjeros, el estudio realizado por el naturalista viajero Adolfo Methfessel en el Noroeste Argentino entre 1887 y 1889, que incluyó excavaciones, recolecciones y compra de material, pertenece a los primeros períodos de los estudios arqueológicos argentinos. Este arquitecto paisajista nacido en Suiza, llegó a Buenos Aires a los veinticuatro años, en 1860, y se vinculó con un grupo de científicos alemanes convocados por Sarmiento para promover el desarrollo de las Ciencias Naturales y Exactas en la Argentina. Comenzó así un ciclo de trabajos ininterrumpidos en nuestro país, hasta que en 1890, invitado por Moreno, se integró al recién fundado Museo de La Plata. En dicho Museo, como naturalista viajero documentó, pintando, desde el lago Buenos Aires (Santa Cruz) hasta el norte argentino. Methfessel recorrió, entre otros lugares del Noroeste, las regiones de Andalgalá, Santa María, Belén y Ambato. La colección que formó se halla en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, y sus experiencias y notas quedaron consignadas en un diario que tituló “Diario de la Comisión exploradora al Norte” (1888-89) (Chiappe 1965).

Más tarde, entre octubre de 1901 y enero de 1902, se realizó la llamada *misión científica sueca* dirigida por Erland Nordenskiöld (1877-1932). En la misma participaron Eric Boman (1868-1924), considerado uno de los “padres fundadores” de la arqueología la Argentina, y Eric von Rosen (1879-1948), quien aportó la mayor parte de los fondos para la expedición. Los acompañaban Gustav von Hofsten, que era amigo de Von Rosen, y un

botánico llamado Robert Fries. Muchos de los participantes de esta expedición eran aún muy jóvenes y no tenían una formación acabada en las disciplinas del saber a las que se abocaron (zoología, paleontología, etnografía y arqueología). Además, cabe destacar su limitado conocimiento del castellano (Fernández 2003). El objetivo de la expedición era llegar al valle boliviano de Tarija, en cuyos sedimentos loésicos se conocía, desde tiempo antes, la existencia de gran cantidad de restos óseos de la fauna pleistocénica. A esto se debe el título de la obra de von Rosen (casi 20 años después) “Un mundo que se va”. Un mundo desaparecido, un mundo de fósiles antediluvianos tarijeños que eran el objeto de la expedición. El grupo recorrió sectores importantes de la Puna de Jujuy, pasando por las localidades de Moreno, Casabindo, Cochinota, Cangrejillos y Yavi. También llegó a los bordes de la Puna de Atacama. En su itinerario, realizaron prospecciones arqueológicas, tomaron gran cantidad de fotografías y herborizaron especies de líquenes y plantas. El 8 de Enero llegaron a Tarija. Boman, enfermo, se separó del grupo y regresó a Argentina en febrero de 1902. En Tarija buscaron restos paleontológicos y arqueológicos. El 13 de marzo llegaron a Caiza, Chaco Boreal. Excursionaron hasta el río Pilcomayo para visitar a los grupos Chorotes, Chiriguano y matakos. Luego volvieron a Bs. As. en mayo de 1902 y regresaron a Suecia el 27 de junio (Fernández 2003).

Un año después, llegaron a Buenos Aires los miembros de la llamada *expedición francesa*. Encargada por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia, estaba constituida por miembros de la nobleza y de la alta burguesía, con inserción académica y científica y enlazaba entre sí a las instituciones más prestigiosas de las Ciencias Naturales de París: el Museo de Historia Natural, la Facultad de Medicina, el Museo del Trocadero y el Servicio de Antropología Métrica de la ciudad de París, en una práctica de control sobre la producción del conocimiento sobre el otro (Giraud y Arenas 2004:128). El Marqués Créqui de Montfort y E. Senegal de la Granche fueron los jefes de la expedición, y participaron de la misma el Dr. Neveu Lemaire, profesor de la Facultad de Medicina de Lyon, Adrian de Mortillet, profesor de la Escuela de Antropología de París, Georges Courty, naturalista del Museo de Historia Natural, Eric Boman (quien ya había sido miembro de la misión Nordenskiöld), y Julien Guillaume, del Servicio Antropométrico de la Prefectura de Policía de París. Los miembros de la misión publicaron un conjunto de doce obras, que incluyen: cartografía, un estudio de los lagos, lingüística comparada, arqueología, geología, fisiología y medicina. Las dedicadas a la antropología, entendida como antropología métrica, están firmadas por el doctor en medicina Arthur Chervin, miembro de la comisión de viajes de la Misión y miembro del Comité de Trabajos Históricos y Científicos del Ministerio de Instrucción Pública de Francia. A lo largo de su trayecto, la misión recorrió el norte de Chile, Bolivia y el Noroeste argentino (Giraud y Arenas 2004).

Otro investigador que recorrió y trabajó mucho en la región fue Alfred Métraux (1902-1963), quien viajó constantemente por los Andes, en Bolivia y en el Perú más particularmente, y si no estaba haciendo un trabajo de campo, escribía y publicaba, y aconsejaba a organizaciones en materia de “andinismo”. En sus diarios de viaje, libretas y correspondencia resaltó su interés por la salvación de objetos, de lenguas y de mitos considerados en vía de extinción segura, verificación empírica de teorías emitidas por otros científicos, aproximación histórica de grupos humanos y de su civilización. Discípulo y amigo de Nordenskiöld, comenzó sus exploraciones en el norte de Argentina desde la edad de veinte años (1922), y después hizo una gran investigación sobre el Altiplano en 1930-1931. Otros trabajos de campo seguirán hasta 1956, más un último viaje en 1959-1960. Los Andes lo marcaron profundamente y los indígenas se volvieron más que un objeto de estudio un sujeto de afecto (Auroi 2002).

Entre 1919 y 1930 se llevaron a cabo once campañas financiadas por Benjamín Muñiz Barreto. La colección producto de estos viajes, que hoy se conserva en el Museo de Ciencias

Naturales de La Plata, consta de más de 11.000 objetos procedentes de 3.000 tumbas. Barreto, miembro de una influyente familia dedicada a la colección de antigüedades, financió los trabajos. Contrató en primera instancia al coleccionista austriaco Karl Schuel como encargado de las excavaciones; y otro austriaco, el ingeniero Vladimiro Weiser fue empleado en el proyecto. A partir de la segunda campaña fue Weiser quién quedó a cargo de los trabajos en el campo. Salvador Debenedetti fue contratado como responsable general de todo el proyecto. Pero se presentaba alternadamente, y solo de una forma supervisora. La conducción de las campañas, las técnicas de excavación y los registros quedaron mayoritariamente en manos de Weiser (Johansson 1996). La búsqueda de antigüedades coleccionables, como las urnas, parece haber sido el principal objetivo de las campañas. Y esto es reflejado en la metodología de trabajo en el campo. El equipo de trabajo incluía unas 10 personas, que a veces Weiser dividía en dos equipos que buscaban cementerios (con objetos enteros) en diferentes sitios. Un guía local los conducía hasta las zonas con hallazgos. Cuando se detectaba un cementerio, se llevaban a cabo largas trincheras irregulares en busca de antigüedades. Desde la cuarta campaña, en la que el topógrafo Federico Wolters fue contratado como asistente, quedando a cargo de los dibujos y Weiser a cargo de los diarios de campo y las triangulaciones, la documentación tiene una mejora y se hace más detallada. Las fotografías muestran, además, trincheras rectangulares con secciones intermedias, lo que indica que se llevaban a cabo de un modo más sofisticado. De todas formas, en ninguna de las expediciones realizadas se recolectaron, por ejemplo, huesos humanos para estudios posteriores. Aunque fueron tomando un carácter cada vez más científico, la búsqueda de antigüedades constituyó uno de los principales propósitos de las expediciones (Johansson 1996). A partir de la muerte de Weiser en 1925, Wolters quedó a cargo de las excavaciones hasta la campaña final en 1930. A la muerte de Barreto, en 1931, la colección fue comprada por el gobierno argentino. En el transcurso de las campañas se relevaron, entre otros, los sitios de Caspinchango, Famabalasto, y los valles de Hualfín y del Cajón; y sirvieron como material de estudio para investigadores como Cigliano (1958), Arena (1975), Perrota y Podestá (1976) y Baldini y Albeck (1984).

La fotografía: como herramienta científica y como construcción de imágenes sobre el otro

Como señala Belting, “una imagen es más que un producto de la percepción. Se manifiesta como resultado de la simbolización personal y colectivo” (2007: 14). La producción de imágenes es un acto simbólico y por ello exige una manera de percepción también simbólica. Por supuesto que esta “lectura” de la fotografía es subjetiva y parcial y conduce a una gama variada de interpretaciones, que pueden cambiar a lo largo del tiempo.

Barthes (1985) señala dos ejes de la fotografía. En primer lugar, nos encontramos con el carácter denotativo de la fotografía, su anhelo de realidad. En un segundo nivel de percepción de la fotografía tenemos la connotación, lo que es interpretado. Ahora bien, la condición puramente denotativa de la fotografía, su “objetividad”, es algo que corre el riesgo de ser mítico; de hecho, existe una elevada posibilidad de que el mensaje fotográfico esté también connotado. Es posible inferir la connotación a partir de ciertos fenómenos que tienen lugar en el nivel de la producción y la recepción del mensaje: por una parte, una fotografía es un objeto trabajado, compuesto; por otra parte, esa misma fotografía no solamente se percibe, se recibe, sino que se lee social y simbólicamente (Barthes 1985). Es por esto que, contrariamente a las tendencias que han planteado a la fotografía como copia neutral y objetiva de la realidad, debemos situarla en su contexto histórico de producción y recepción y entenderla como construcción social.

En la fotografía, imagen fija, el movimiento de la vida queda congelado, como un recuerdo perdido. Es por esto que Susan Sontag (1977) define a la fotografía como arte

elegíaco, que salvaguarda en imagen los lugares y las culturas antes de que desaparezcan del mundo. El ejemplo más significativo de esto es la fotografía etnográfica. Con la fotografía se intenta traspasar en imagen las fronteras del tiempo y el espacio a las que están sometidos los sujetos (Belting 2007); la fotografía “repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente” (Barthes 1985: 28).

En la época que nos proponemos estudiar los científicos se guiaban por la convicción acerca de la condición mimética de la imagen fotográfica (Giordano 2004). En este sentido, la asociación entre fotografía y verdad se vinculaba con los pilares del pensamiento positivista: orden y progreso. En tanto la fotografía colaboraba con el esclarecimiento de la verdad, evidenciaba la existencia de los hechos –únicos objetos de la ciencia y la filosofía- y con ellos, de un orden universal, vinculándose con prácticas científicas basadas en la observación, la experimentación y el registro de los hechos (Penhos, en prensa). Desde ese marco, el trabajo de Marta Penhos vincula la identidad entre foto/verdad (en fotografía se aspira a la máxima fidelidad, por la relación total con el referente/representado) con la asociación foto/progreso (la imagen colabora con el esclarecimiento de la verdad, evidenciando un conjunto de hechos, un orden).

En parte debido a esto último, las técnicas fotográficas han sido rescatadas por el trabajo antropológico y arqueológico para complementar la producción escrita de la investigación. En este caso, el problema de la subjetividad se enmarca no solo en el ámbito de la recepción del mensaje transmitido por la foto, sino también a partir de las propias implicancias del trabajo del investigador que tomó la misma. Así, al trabajar con imágenes fotográficas no debemos olvidar preguntarnos desde qué mirada este fotógrafo-científico contempló su objeto de investigación y por qué se privilegiaron determinados ángulos de visión y no otros.

Como señala Brisset (1999) la antropología y la fotografía estuvieron entrelazadas desde sus orígenes, el surgimiento de ambas fue casi simultáneo. En 1854, la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia (BAAS) publicó el *Manual para informes etnológicos* (dirigido no sólo a antropólogos, sino también a cónsules, políticos, residentes y viajeros), donde se indicaba cómo recopilar información sobre los diferentes tipos raciales, usos y costumbres. En este manual se recomendaba la obtención de retratos individuales de los otros, dado que se consideraba a la fotografía una herramienta objetiva para recopilar información. Los primeros usos de la fotografía con fines antropológicos deben entenderse a partir de la importancia que se daba a lo visual como una manera de organizar la sociedad en tipologías y para clasificar los grupos en función de caracteres somáticos.

En la segunda mitad del siglo XIX encontramos misiones científicas que viajaban a su lugar de estudio acompañados de equipos fotográficos que tomaban imágenes para documentar aspectos botánicos, zoológicos, geográficos y antropológicos. Los fotógrafos viajeros de la segunda mitad del XIX, así como los operadores aficionados del último decenio del XIX y dos primeras décadas del siglo XX que se movieron en un radio de acción más reducido, registraron en sus placas un entorno geográfico más o menos amplio, captando los tipos físicos, las costumbres y tradiciones, lo cual permitió conformar un corpus visual del cual se sirvieron las investigaciones y posterior divulgación del patrimonio histórico y etnográfico como algo digno de ser valorizado.

Como señala Carreño (2002), los "sujetos etnográficos" fueron fotografiados de tres modos. El primer tipo es el de la fotografía antropométrica, en la que se reproducía mecánicamente la imagen del cuerpo humano de acuerdo a métodos fotométricos estandarizados. Esta técnica permitiría, según sus propulsores, la obtención de datos morfométricos confiables y posibles de ser comparados¹.

¹Los sistemas más utilizados fueron ideados por los ingleses T. H. Huxley y John Lamprey. El modelo de Huxley consistía en fotografiar al sujeto desnudo de pie y sentado, tanto de frente como de perfil, junto a una vara de medir con buena visibilidad. El método de Lamprey radicaba en situar a los modelos frente a una malla de cordel formada por cuadrados de dos pulgadas.

El segundo tipo, que Carreño llama fotografías de indígenas tomadas en terreno, sirvió para registrar el trabajo de campo del antropólogo. Este tipo de fotografías coincidió con un cambio epistemológico dentro de la disciplina antropológica: se comienza a valorar la permanencia del investigador en el hábitat del otro y su principal herramienta de registro pasa a ser la fotografía, puesto que desde su supuesta objetividad, previene de prejuicios subjetivos al representar a los indígenas con un gran nivel de exactitud y detalle, muy acorde con los requerimientos del método científico². Carreño propone entender las fotografías etnográficas como construcciones interculturales, en donde el fotógrafo transfiere sus categorías (estético-culturales) sobre el cuerpo indígena. Detrás de esas imágenes se oculta una relación de poder: el otro es solo un reflejo de lo que el fotógrafo quiere ver (y representar). Esto es interesante si lo contrastamos con el hecho de que la fotografía se ha legitimado, sobre todo, por su efecto de realidad.

El tercer y último tipo es el de las producciones comerciales de retratos sobre nativos vendidas como postales, formato que permitió la circulación masiva de las imágenes sobre indígenas en Europa. Como señala Carlos Masotta (2001) a principios del siglo XX la postal fotográfica ideó un primer mapa visual del territorio nacional. Estas imágenes empezaban a construir “lo típico”, y sus dos pobladores representantes fueron gauchos e indios. En estas postales, los indígenas, que se presentan como sujetos pasivos ante la cámara, generalmente aparecen como representantes de un colectivo étnico, como “el grupo metonímicamente personalizado”³.

Durante las expediciones arqueológicas en el NOA en el período estudiado, la documentación de campo (registros, diarios de campo, etc.) a menudo era acompañada por álbumes con fotografías que registraban distintos instantes de las tareas llevadas a cabo. Como lo describen Baldini y Baffi (2003), en aquellas campañas el enfoque estaba puesto en la búsqueda de piezas cerámicas enteras y otros elementos hallados, principalmente acompañando sepulturas.

Dos de las campañas que han producido un importante corpus de fotografías son las que fueron llevadas a cabo por la expedición sueca de 1901, dirigida por Nordenskiöld y Von Rosen, y la expedición francesa de 1903, a cargo de Créqui de Montfort y E. Senegal de La Granche. Estas han sido estudiadas por Patricia Arenas y Silvia Giraudo (2003) en un análisis abocado a explorar las formas de apropiación de los territorios, en el tipo de registro de los expedicionarios, en la violencia simbólica producida por la intervención de estos científicos en las comunidades y en la delimitación de un tipo específico de mirada civilizada europea sobre lo “bárbaro”.

En las expediciones francesas, la fotografía aparece como un objeto cultural altamente calificado, lo que se indica a partir del hecho de que varias personas firman cada foto. También se aprecia una rigurosa normativa donde la fotografía se vuelve una especie de portaobjetos, constituido por el sujeto y el objeto que éste porta (un arco por ejemplo). Los rostros no deben expresar nada (de ahí la rigidez que los caracteriza). Se destacan las fotos “pintorescas”, ejecutadas en condiciones que no permitirían un uso científico, a la usanza de la gente del mundo. Algunas fotos son retocadas y a otras se les suprime el fondo. Asimismo, son utilizadas las técnicas de la fotografía métrica para estudiar cráneos arqueológicos. En las expediciones

² Sin embargo, en un período marcadamente colonialista, estas fotografías en terreno fueron realizadas no solo por antropólogos, sino también por distintos personajes del colonialismo europeo. Brisset (1999) señala cómo los primeros registros fotográficos de los pueblos estudiados por la antropología se enmarcan en la relación de fuerzas colonial característica del contexto histórico del momento y funcionan como metáfora del poder. Las fotografías, tomadas en las colonias, formaban parte de los “datos brutos”, que luego eran enviados a la metrópoli, representante de la superioridad tecnológica y de conocimientos, para ser analizados.

³ Masotta sostiene, siguiendo a Foucault, que la fotografía funciona como dispositivo disciplinario productor de cuerpos dóciles.

suecas, en cambio, el texto se presenta más como diario que como tratado científico. Las fotos son más “turísticas”, de paisajes y no de los lugareños (los pocos que aparecen lo hacen de manera casual y son ignorados al pie de foto).

Es interesante, indican estas autoras, comparar cómo los autores se presentan a sí mismos: los retratos de los franceses son modelos de su propio método y están tomados de acuerdo a todas las normativas antropométricas; los suecos, en cambio, carecen de prescripciones técnicas. En este último caso, adquieren mayor valor científico los dibujos que representan objetos etnográficos y arqueológicos, donde prevalecen el talento y la minuciosidad del observador (Arenas y Giraudó 2003).

Cabe destacar, por otra parte, que más allá del enfoque con que se llevaron a cabo esos estudios, propios de la época, muchas de estas expediciones (como la llevada a cabo en la zona de Caspinchango por Vladimiro Weiser) se hicieron con un registro de gran minuciosidad y detalle en cuanto a relevamientos topográficos, notas de campo y diarios. Este nivel en el registro permitió que varios investigadores continuaran trabajando con dicha información hasta la fecha.

El Otro en las campañas etnográficas y arqueológicas de fines del XIX y principios del XX

Como sostiene Esteban Krotz (1987), la alteridad como categoría -no como concepto- es constitutiva para el trabajo antropológico, puesto que desde su consolidación como disciplina científica estuvo ligada a la construcción de un conocimiento que pudiera dar respuesta a una pregunta nacida del encuentro con un “otro” cultural. En este sentido, tanto la antropología como la arqueología han sido siempre caminos posibles en el acceso al mundo de los otros, y a la vez permanentes creadoras de mundos. En tanto disciplinas que hicieron de la diferencia sociocultural y la diversidad su razón de ser, la "alteridad" se constituyó en su objeto de estudio a la par que iban construyendo explicaciones sobre ella.

Más allá de las diferencias entre los “antiguos viajeros” y los arqueólogos y etnógrafos, los liga el extrañamiento que produce lo otro, una inquietud que provoca finalmente la reflexión antropológica. Si el viaje y sus efectos sobre el sujeto que viaja son el punto de partida de este continuum, la construcción del objeto de estudio y de las categorías para pensar aquello que causa inquietud -otro, otredad, primitivo, salvaje- es parte del punto de llegada (Penhos en prensa). El "otro cultural", pensado como diverso, distinto, no respondió a un hecho empírico real; fue y sigue siendo un objeto construido por las distintas teorías (Boivin y Rosato 2004).

Como ya señalamos en el apartado sobre la fotografía, en el contexto disciplinar donde se ubica nuestro análisis, las colecciones etnográficas y arqueológicas que se producían en las campañas científicas cumplían un papel fundamental, como documentos materiales de las más diversas formas de la actividad humana: eran el registro palpable de la diferencia, y era vital estudiarlas antes que “desaparecieran” (Podgorny 2004 en Pegoraro 2005). En un sentido similar, Flores Chávez (2005) propone entender a la fotografía -en tanto permite capturar la imagen del sujeto investigado y trasladarla a diversos lugares y tiempos- como un tipo particular de reducción del indígena, a partir de la cual se construye y consolida una imagen estereotipada del mismo de acuerdo a los cánones estéticos y la ideología de la época.

Estas imágenes de los otros indígenas pueden variar de acuerdo a los contextos de producción y al trasfondo teórico-metodológico. Así, vemos que por un lado las expediciones francesas adoptaron y adaptaron instrumentos de identificación criminal, y el retrato etnográfico se convirtió en la imagen del “otro” para la ciencia. La tradición sueca, en cambio, se inscribe en una epistemología vinculada a la historia, y los textos arqueológicos y antropológicos que produce remiten al historicismo de la Escuela Histórico-Cultural: se busca

estudiar la cultura material y observar las costumbres de ese “otro”⁴ (Arenas y Giraudo, 2003). No obstante, en esos intentos por conocerlo y describirlo, puede verse reflejada también una cierta incompreensión del “otro”; situación que, especialmente en las interacciones directas entre los miembros de la expedición y la población local que nos muestran estas campañas a través de sus textos e imágenes, puede generar la impresión de un profundo desencuentro cultural (Göbel, 2003).

Cuando Arenas y Giraudo (2003) analizan las imágenes fotográficas de estas expediciones europeas, señalan una serie de temas que pueden inferirse a partir de aquello que las fotografías revelan de manera reiterada. En las expediciones francesas, los sujetos son abordados como individuos o “especímenes”, desprovistos de personalidad, historia, etc. Se remite sólo a la pertenencia étnica en el pie de foto, para lograr un enmascaramiento del individuo a fin de tornarlo aceptable a los ojos europeos. La episteme de fines del XIX se traduce en una antropología entendida estrictamente como física, que a su vez es reelaborada en estas fotos, cuyo intérprete es ese “otro” que se está construyendo y que, al mismo tiempo, confirma la imagen que de sí tiene el emisor del texto. Nos encontramos entonces, en los niveles más profundos del significado de esas imágenes, con la actitud del científico europeo frente al indígena, considerado biológica y culturalmente diferente, no *diverso*. En las fotografías de la expedición sueca, en cambio, la construcción de la alteridad se hace por la negativa. Ese otro es el que falta, el que es negado, el que se confunde con el paisaje. Desde la perspectiva de una historia de la antropología basada en un análisis de la construcción de identidades, podemos hablar entonces de dos pares de opuestos de alteridades: los “otros”, habitantes del altiplano y la selva chaco-boliviana, frente al “nosotros” europeos civilizados; y la identidad de los franceses, científicos en busca de un único valor supremo, el conocimiento, frente a los viajeros suecos, más próximos a una aventura juvenil en geografía exótica. Las autoras reconstruyen así la gramática de producción (un autor-modelo europeo, “civilizado”, científico, positivista), y la gramática de reconocimiento (un lector-modelo europeo y “culto”) de ese material fotográfico (Arenas y Giraudo 2003).

Aspectos metodológicos

Con un enfoque regional que contempla el período mencionado, nos proponemos la creación de un registro de las fotografías de expediciones arqueológicas y etnográficas, su análisis y presentación. Para ello se considera la acumulación y generación de datos, análisis, y una síntesis final en la que se articularán los resultados de la información obtenida.

Nuestro trabajo se organiza en las siguientes etapas:

- 1- Recopilar, seleccionar y organizar fotografías de campañas etnográficas y arqueológicas correspondientes al período 1880-1930 tomadas de distintos organismos tanto públicos como privados -archivos, museos y bibliotecas- y de publicaciones específicas correspondientes al área de estudio
- 2- Relevar bibliografía crítica de las problemáticas teóricas planteadas.
- 3- Constituir el corpus de fotografías a ser analizado, en base a un criterio de selección que pondere aquellas fotos que mejor se adecuen a nuestros objetivos planteados.
- 4- Describir y analizar comparativamente el corpus de fotografías. Para ello será necesario:

⁴ El trabajo de Von Rosen (1957), “Un mundo que se va”, contiene varias descripciones que el autor hace acerca de esos otros, los habitantes indígenas de la Puna, de su comportamiento, de su modo de vida, de sus costumbres y de sus creencias (Göbel, 2003).

4. a- Organizar previamente dicho corpus a partir de la elaboración de fichas con el registro de datos relevantes para el posterior procesamiento: campaña, lugar, año, contexto, repositorio, ubicación actual de la foto, descripción, fuentes relacionadas, etc. Clasificar y ordenar las fichas según criterios elaborados a partir del propio corpus.
4. b- Sistematizar y organizar temáticamente los datos obtenidos a partir de la descripción y análisis de las fotografías.
4. c- Interpretar los datos y analizarlos comparativamente en función de distintos ejes de distinción: diferentes campañas, distintos momentos, distintas técnicas y objetivos, y fundamentalmente diferentes disciplinas científicas.

En la instancia de la recopilación, es importante resaltar que encontramos un gran e interesante corpus de fotos. Las vías de acceso a estas fuentes fueron diversas y heterogéneas: publicaciones de expediciones con anexos fotográficos y materiales de diferentes archivos y museos del país, los cuales en algunos casos presentan ciertas dificultades para acceder a las fotografías. Una vez halladas, también fue una tarea compleja poder contextualizarlas, ya que éstas en muchos casos carecen de datos suficientes (fecha, lugar, autor, campaña, etc.) y están desordenadas. Esta falta de sistematización en los repositorios consultados, no obstante, nos ha estimulado en tanto podemos con nuestro trabajo hacer un aporte significativo tanto a los archivos como a futuros investigadores.

Reconstruir el contexto de la fotografía es una tarea vital en tanto es el marco de referencia en el que se sitúa y desarrolla la foto: la época histórica en que ésta acontece (Lara López 2005). La datación de las fotografías es un paso metodológico central, ya que nos permite relacionar cada documento visual con los elementos propios de su período histórico (corrientes de pensamiento, teorías y metodologías de trabajo de campo vigente, disponibilidad tecnológica, situación sociopolítica nacional, etc.). Contextualizarlo dentro de sus coordenadas temporales nos habilita un mayor volumen de información a partir de la cual es posible realizar una interpretación más rigurosa. En los casos en los que el fechado no se encuentra en el reverso de la foto, la identificación de la localización geográfica del espacio retratado, así como de los actores que allí aparecen representados, resulta fundamental para insertar la fotografía dentro de la expedición en la que fue tomada. La revisión de las publicaciones científicas, producto de estas campañas es a estos fines un instrumento clave, tanto por la información que brinda el propio texto escrito, como por la presencia de fotos que -en la mayoría de los casos- las ilustran y que cuentan con sus correspondientes pies de foto.

Una vez realizada la primera etapa de recopilación y registro de las fuentes, nos propusimos confeccionar fichas para recoger los datos correspondientes a cada fotografía, de modo de poder sistematizar la información y ponerla disponible para una futura base de datos.

Previamente a la etapa del análisis consideramos necesario reunir y ordenar las fotografías en un conjunto de series (por campaña, año, protagonistas, etc.) que nos permitan obtener un testimonio mucho más acabado que el que ofrecen las imágenes analizadas de manera individual. Al mismo tiempo, esto nos posibilita seleccionar de una manera más sustantiva aquellos ejes que queremos estudiar a través de estos documentos visuales. De esta forma, las fotografías pasan a constituirse en excelentes contenedoras de datos para futuras hipótesis de trabajo (Lara López, 2005).

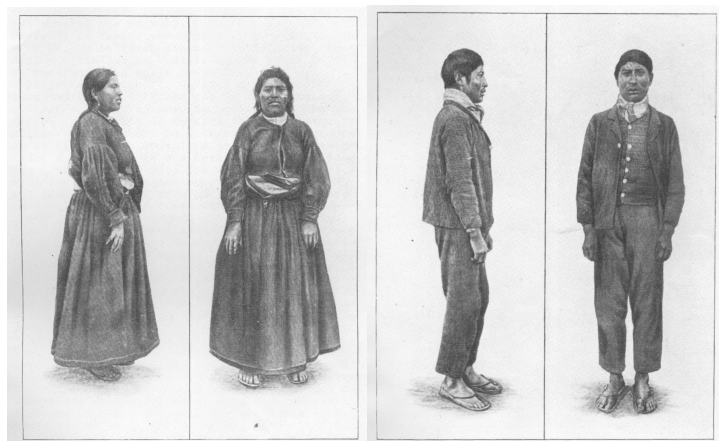
Al analizar las fotos, es importante tener en cuenta los posibles propósitos del científico/ fotógrafo para tomar esa fotografía y también lo que éste “silencia” en las mismas. Así como en las fuentes escritas hay cuestiones que no se escriben, en las imágenes hay cuestiones que no se fotografían, y éstas son tan significativas como las que sí se muestran.

A continuación presentaremos con algunos ejemplos el tipo de abordaje que haremos a las fotografías encontradas.



Foto 1. Von Rosen (1957 [1901])

Esta fotografía, tomada por von Rosen (1957 [1901]), fue sencilla de contextualizar, dado que formaba parte de una publicación, lo cual nos permitió ubicarla temporal y espacialmente. El pie de foto (*Puerta de madera de cardón*) también resulta significativo, ya que no hace referencia alguna a la niña que aparece en primer plano. En la foto puede observarse especialmente la distancia de von Rosen hacia estos “otros”. Recurriendo a bibliografía complementaria (Göbel 2003), pudimos notar que la niña tiene mechones de pelo cortos e irregulares. Esto indica que hace poco pasó por el ritual del primer corte de pelo (*ruti*), en el que cada uno de los invitados hace un regalo al niño (como una cabra o llama, ropa, dinero, etc.) y en compensación pueden cortarle un mechón del pelo. La recontextualización etnográfica de esta foto nos permitió poner de relieve una variedad de detalles no mencionada por von Rosen. El que haya ignorado aquellos detalles es indicador de la poca presencia del “otro” indígena en la mirada de von Rosen (Göbel 2003).



Fotos 2 y 3. Boman (1908: 425)

Estas imágenes, de Eric Boman, también fueron tomadas de una publicación (Boman 1908). Esto permitió no sólo situarlas en espacio y tiempo, sino también conocer nombre y pertenencia étnica de las personas fotografiadas⁵. Boman, a diferencia de von Rosen, dedica varias páginas a estos “otros” fotografiados, de las que cabe destacar el biologicismo de su mirada⁶. Este punto de vista, que ve a los indígenas como “especímenes” (Arenas y Giraudó 2003) que representan una “raza”, como el grupo de los habitantes nativos de la Puna de Atacama “metonímicamente personalizado” (Masotta 2001), se relaciona estrechamente con las imágenes en sí. En ellas vemos cómo se optimizan los recursos de observación y clasificación: se toman las fotos del mismo modo, a cada sujeto de frente y de perfil, en un fondo neutro (Penhos en prensa). Desde este marco, las fotografías aspiran un máximo de fidelidad de modo de constituirse en “datos” que aporten al desarrollo científico.

El texto de Boman no sólo arroja datos sobre la mirada de estos “otros”, sino que también permite reconstruir las circunstancias en las que fueron tomadas las fotografías, signadas por el uso de la fuerza. Cuando la expedición llega al pueblo de Susques, éste estaba desierto: los habitantes del mismo habían huido al ver llegar a los “extranjeros”. Un gendarme y otros hombres que acompañan al expedicionario traen por la fuerza al cacique, Boman señala las “amenazas” a las que recurre para que los indios se presenten a las mediciones y toma al cacique del pueblo como “rehén” para guardar sus animales (cf. Boman 1908: 426)⁷.

Si bien la fotografía heredó todo un bagaje de tradiciones iconográficas y convenciones visuales provenientes de las artes plásticas, su “matriz científica” la posicionó como uno de los más importantes instrumentos metodológicos de observación e identificación de las últimas décadas del XIX y primeras del XX (Penhos 2005: 50). Cabe destacar que estas imágenes del libro de Boman son grabados realizados a partir de fotografías, lo que las constituye en un ejemplo de trabajo posterior realizado sobre las imágenes (retoque de la foto en forma de grabado, eliminación del fondo), común en la época. En este caso, este trabajo tiene por objetivo poder dar mayor objetividad a la información que se busca obtener.

⁵ En los respectivos pies de foto consta esta información: *Fig. 94. Franciscana Viltes. Indígena de Susques* (foto n° 2) y *Fig. 92. Wenceslao Viltes. Indígena de Susques* (foto n° 3).

⁶ Boman presenta a los habitantes de Susques como “indios puros, pertenecientes a la raza andina; sólo en casos muy raros puede haber en sus venas una pequeña proporción de sangre blanca” (Boman 1908: 417). Al describirlos se busca constituir un “tipo” delineado de acuerdo a lineamientos científicos: “Los indios de Susques (...) son sin duda los más puros y han conservado mejor que los otros indios de la Puna sus tradiciones y las costumbres de sus antepasados. Por estas razones los he tomado, desde el punto de vista de la etnografía, como tipo de los habitantes de la parte argentina del altiplano...” (Boman 1908: 468).

⁷ Cabe destacar que el uso de la fuerza no es el único modo al que Boman recurre para obtener información. Recurre también a “mentiras” para que los indios acepten ser medidos (dice que las mediciones son a fin de calcular la inteligencia) y al intercambio de favores (Boman redacta una petición para que no se expropien las tierras a la comunidad a cambio de que el cacique obligue a los indios a informar a Boman sobre sus creencias).



Foto 4. Weiser, V. 1921. Campaña Muñiz Barreto. Museo de Ciencias Naturales de La Plata

A diferencia de las fotos anteriores, ésta fue hallada en el repositorio fotográfico de un museo⁸, por lo cual si bien no contamos con la información complementaria que brindaría una publicación, sí tenemos a nuestra disposición las tres libretas de la campaña. El estudio conjunto de las anotaciones, diarios e inventarios permite una mejor contextualización de la foto.

La fuente está acompañada del siguiente pie de foto: *Prov. Catamarca. Caspinchango. Cemtrio. a la orilla izquierda de la quebrada divisora: tinaja faja colorada tapada con una teja*. Esta fotografía pertenece a la tercera campaña de Benjamín Muñiz Barreto. En las libretas, cuando se describe el contexto de esta sepultura, no se menciona el cráneo, aunque sí aparece mencionado en inventarios generales del cementerio. Esto nos remite a la observación realizada por Baldini y Baffi (2003): en las campañas del período estudiado el enfoque estaba puesto en la búsqueda de piezas cerámicas enteras y otros elementos hallados, principalmente acompañando sepulturas.

⁸ Museo de Ciencias Naturales de La Plata.



Foto 5. Archivo Fotográfico del Museo Etnográfico. Caja 278 Foto 27 [Samilantes]

Esta fotografía, a diferencia de las anteriores, carece de información de primera mano que nos proporcione datos tales como: fecha, autor, motivo de la foto, etc. Según la catalogación del museo la localización corresponde a Juella, Jujuy y su descripción nos indica que quienes allí figuran son samilantes⁹. Este caso, como muchos otros, forma parte de un corpus de fotografías que se encuentran en proceso de contextualización.

Lo presentado hasta aquí es solo una primera aproximación de un proceso mayor de retroalimentación entre las fotos, las publicaciones y la bibliografía específica. Mas que plantear conclusiones, proponemos abrir las preguntas y ejes de análisis que movilizarán la investigación. Entre las cuales se destacan las siguientes: ¿Qué lugar ocupó la fotografía en estas primeras expediciones al NOA? ¿Qué aspectos privilegió la mirada de los investigadores y cuales se dejaron de lado? ¿Cómo se insertan estas miradas “fotográficas” dentro del contexto histórico-científico de la época? ¿Cómo podemos interpretar la presencia o ausencia del “otro” en estas fotografías? Y por último, ¿cómo estos aspectos constituyeron (y, tal vez, siguen constituyendo) a nuestras propias disciplinas?

Bibliografía Consultada

Alvarado Pérez, M. y M. Giordano

2005. “Transhumancia iconográfica: del Chaco a Tierra del Fuego. La fotografía como factor de configuración de identidades étnicas”. Ponencia presentada en *VI Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires, UBA.

Ambrosetti J. B.

⁹ Los samilantes son hombres que se visten con trajes hechos con plumas de suri, e imitan en una coreografía danzada los movimientos de estas aves.

1908. Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya, 2 vols. Facultad de Filosofía y Letras, publicaciones de la Sección de Antropología, no. 3, Buenos Aires, Argentina.

Arenas, P. y S. Giraud

2003. "Expediciones, fotos y antropología. Una lectura semiótica". *Pacarina* III (3): 51-62.

2004. Científicos europeos en el altiplano Boliviano-Argentino: antropología, expediciones y fotos. *Anales del Museo de América* 12. pp. 125-146.

Auroi 2002. *Bulletin de la Société suisse des Américanistes*, Bulletin 66-67, pp. 113-126.

Baldini L. y M E. Albeck 1982. La presencia hispánica en algunos cementerios del valle de Santa María, Catamarca. En *Presencia hispánica en la arqueología argentina*: 549-566.

Baldini L. y E. Baffi.

2003. Niños en Vasijas. Entierros tardíos del valle Calchaquí (Salta). *Runa* XXIV: 43-62.

Barthes, Roland. (1985). *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona. Paidós.

Belting, Hans. 2007. *Antropología de la imagen*. Buenos Aires, Katz editores.

Blache, M.

1991. "Folklore y nacionalismo en la Argentina: su vinculación de origen y su desvinculación actual". *Revista de Investigaciones Folklóricas* 6: 56-66.

Boivin, M. y A. Rosato

2004. *Constructores de otredad*. Buenos Aires, Antropofagia.

Boman, E.

1991 [1908]. *Antigüedades de la región andina de la Republica Argentina y del desierto de Atacama*. Tomo I. Traducido por D. Gómez Rubio, San salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

Brisset, D.

1999. "Acerca de la Fotografía etnográfica". *Revista electrónica Gazeta de antropología* 15, www.ugr.es/~pwlac/G15_11DemetrioE_Brisset_Martin.html

Carreño, Gastón.

2002. Entre el ojo y el espejo. Imagen mapuche en cine y video. Memoria de Título Profesional, Depto de Antropología, Universidad de Chile.

Chiappe, D. 1965. Estudio arqueológico de la colección Methfessel del Museo de La Plata. Tesis de Doctorado en Ciencias Naturales, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Cigliano, E. M. 1958. Arqueología de la zona de Famabalasto. Departamento de Santa María. (Provincia de Catamarca). *Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie)*, Tomo V, Antropología N° 24. La Plata.

Corigliano, Francisco.

1997. Consideraciones acerca de la formación del Estado argentino. Di Tella, Torcuato y Cristina Luccini (comp.) *La sociedad y el estado en el desarrollo de la Argentina moderna*. Biblos, Buenos Aires.

Flores Chávez, J.

2005. "Fotografía sobre indígenas. Misiones y mapuche en la Araucanía a principios del siglo XX". Ponencia presentada en *VI Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires, UBA.

Giordano, M.

2004. *Discurso e imagen sobre el indígena chaqueño*. La Plata, Ediciones Al Margen.

Göbel Bárbara. 2003. "Llegamos a un pueblo de indios abandonado...": aportes de la expedición sueca a la etnografía de la Puna Argentina. *Pacarina*, año 3, III: 143-158.

Haber, A.

1994. Supuestos teórico-metodológicos de la etapa formativa de la arqueología de Catamarca (1875-1900). *Publicaciones Arqueología* 47, CIFF y H. Universidad Nacional de Córdoba.
2003. ¿Cómo, cuándo y por qué la Puna se convirtió en texto? *Pacarina* III (3): 169-178.

Johansson, N. 1996. Burilas and Society. A Study of social differentiation at the site of El Pichao, North-western Argentina, and in cemeteries dated to the Spanish Native period. *GOTARC, Series B* 5. Göteborg University.

Karasik, G. A.

2003. "La etnografía en el cuerpo: dominación e insumisión en las exploraciones de principios del siglo XX en Jujuy (Argentina)". *Pacarina* III (3). Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad de Jujuy.

Krotz, E.

1987. "Utopía, asombro, alteridad: consideraciones metateóricas acerca de la investigación antropológica". *Estudios Sociológicos* V (14): 283-301. México.

Lara López, E. L.

2005. "La fotografía como documento histórico-artístico y etnográfico: una epistemología". *Revista de Antropología Experimental* 5. Universidad de Jaén, España.
www.ujaen.es/huesped/rae

Masotta, Carlos.

2001. Cuerpos dóciles y miradas encontradas. Límites del estereotipo en las postales de indios argentinas (1900-1940). IV Congreso Chileno de Antropología. Universidad de Chile. *Revista Chilena de Antropología Visual* N- 3, Santiago (formato electrónica)

Nordenskiöld, E.

1903. "Viajes en la región entre Bolivia y la Argentina". *Boletín de la Oficina Nacional de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica* III: 361-364.

Pegoraro, Andrea 2005. "Instrucciones" y colecciones en viaje. Redes de recolección entre el Museo Etnográfico y los Territorios Nacionales. *Anuario de Estudios en Antropología Social* 49-64. CAS-IDES.

Penhos, M., Massotta, C., Oropeza, M. et al.

2005. *Arte y Antropología en la Argentina*. Buenos Aires. Fundación Espigas.

Perrota, C. Y M. Podestá. 1976. Desarrollo Cultural del Valle de Santa María durante el Período Tardío o de Desarrollos Regionales. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, Tomo 3 (1-4), pp: 43-54. Mendoza.

Ramundo, P. 2007. Los aportes de los investigadores pioneros a la arqueología del Noroeste Argentino. *Temas de Historia Argentina y Americana*, XI. Pp.179-218.

Sontang, S. 1977. *On Photography*. London, Penguin Books.

Stagnaro, A. 1993. “La antropología en la comunidad científica: entre el origen del hombre y la caza de cráneos-trofeo (1970-1910)”. *Alteridades* 3 (6): 53-65.

Von Rosen, Eric.1957. *Un mundo que se va: Exploraciones y aventuras entre las altas cumbres de la cordillera de los andes*. Tucumán. Universidad Nacional de Tucumán.